AÑO XXXIII — Nº 1652

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 13 DE 1964



El hechizo de setiembre

(Fotografía de Roberto Lagarmilla)

La pulcra ciudad de Mercedes es una de las primeras beneficiadas por el sol de setiembre. Allí la Primavera se anticipa y es la más bella del país.



El arroyo criollo responde con prontitud al llamado del mes mágico.

EL HECHIZO DE SETIEMBRE

NO sabemos, en verdad, en qué consiste el hechizo d
setiembre.

Pero sí, sentimos, en forma vaga, el delicado influj
que ejerce sobre todo nuestro ser; en el ritmo de nuestr
vida cotidiana, y hasta en la manera de encarar los acon
tecimientos. ¿Habría que proceder, acaso, a un anális
completo de este mes, para hallar la causa o conjunto d
causas?

No lo creemos eficaz, porque ya, desde las primera
instancias del examen, surgen evidentes contradicciones. E
en vano que a setiembre cante el poeta, y que el astró
nomo, el historiador, el médico o el climatólogo acumule
cifras, acotaciones, advertencias y estadísticas. Y mientra
que el primero insiste en cantar, desde el trasfondo de l
historia, al mágico mes de la primavera, nuestros restante
consultores parecerán empeñados en fincar en el detall
menudo, en el dato de inmediata realidad objetiva; e
eludir, por todos los medios posibles, una justificación d
tan conocido "hechizo de setiembre". Así, para el astró
nomo, se trata sólo del mes del "tránsito por el Punt
Libra", y del período en que el Sol se eleva día a día e
forma considerable sobre nuestro horizonte, llegando
avanzar más de once grados, en sucesivos pasos por nues
tro meridiano.

El historiador nos recordará, con igual impasibilidad
hechos auspiciosos y dramáticos. Evocará el Cabildo Abier
to de 1808 (setiembre 21) y el Desembarco de Garibald
iniciando al proceso de la Unidad Italiana de 1870. Per
también nos señalará, para 1850, la muerte de Artigas, e
la soledad del Paraguay (Set. 23), y nos evocará el espec
tral recuerdo de dos conflagraciones mundiales, iniciada
en este mes (1914-1939).

*

El informe del médico no parecería más alentado
Se limitaría a precavernos contra fríos inesperados, o a ha
blarnos de trastornos circulatorios, fatiga primaveral, epi
demias y reacciones alérgicas... Y si acudimos al clima
tólogo, sus cimras, gráficas y mapas nos enfrentarían a ta
asombroso cuadro de variabilidad, que nos costaría cree
que setiembre es, para los uruguayos, el comienzo de l
Primavera. Del examen realizado por los peritos, este me
de las flores saldría, pues, aplazado en la prueba elimina
toria. ¿Dónde hallar, entonces, una respuesta adecuad
para justificar nuestra natural preferencia o simpatía po
setiembre?

*

Quizás, en lo que nuestros sentidos recogen y ordenar
en forma tantas veces inadvertida. Por esas ventanas abie
tas al mundo, se infiltran datos, informaciones, sensacione
diversas que, en forma de emociones tenues y vagas, crea
inesperadas asociaciones que van fijándose en nuestro in
terior. Y aunque no siempre es posible asistir a un cuadr
explícitamente primaveral, como pueden dárnoslo los árbo
les en flor, el color del cielo o el pulso de las aguas, —es
tránsito aparente del Sol, de norte a sur, se hace senti
en todas las formas, y a pesar de todos los obstáculos.

Por más que nuestra vida ciudadana nos confine en
tre muros grises y nos mantenga en el ritmo horario de
invierno, *hay algo* capaz de sortear tales barreras artifi
ciales. Aquel cuadro de emociones, —primarias y vagas—
va creándonos un mundo diferente; un *todo* en constant
evolución.

Es en vano, pues, que un examen crítico de setiem
bre intente su radical desaprobación. Los sabios dicen
"no"; pero nuestro ser, tercamente, afirma "que sí".

*

Las mutaciones inesperadas y las rápidas transforma
ciones constituyen aspectos básicos de este mes. Centena
res, millares de ejemplos prácticos, acuden a nuestra me
moria. Después de alguna noche lluviosa, invernal y d
cielo bajo, con reflejos cobrizos, nuestra ventana abre su
párpados metálicos sobre la calle urbana y vulgar. Y, cuan
do nos aprestábamos a enfrentar otra jornada de luch
contra la lluvia, el frío y el viento, setiembre nos ha pre
parado una gran sorpresa: Aquí mismo, frente a nosotros
los árboles han aparecido adornados con yemas verdes
virginales. Hasta ese momento, no recordábamos que te
níamos la Primavera a nuestras puertas. Un delicado men
saje de luz, traído por las hojas incipientes, ha bastado
para ubicarnos en el espacio y en el tiempo.

*

Otros fenómenos, accesibles a la observación más ru
dimentaria, nos imponen la presencia del mes mágico
¿Quién, al comenzar setiembre, no ha despertado con so
bresalto, al comprobar que ya ha despuntado el día?



Esta glorieta en ruinas, fue trocada, por setiembre, en canasto de flores.



Ante la sencilla ventana, se renueva el aspecto del cantero de flores.

Acostumbrados a las interminables noches del invierno, cuesta creer que no somos nosotros los responsables ese cambio ambiente: ¡es el Sol, el que *se ha levantado* ...s!

En ascendente y rápida progresión se abren, sobre ciudad dormida, los círculos mágicos de la mañana ...os días antes, a aquella misma hora (digamos, las sie... veíamos los tonos azulados del alba. Pero en sólo ...nce días más, las tintas grises y azules han cedido su ...o al brillo del oro solar. Todo esto, —y aunque no ...ramos pensarlo— impresiona profundamente nuestro ...ritu. Es la sorpresa del tránsito.

Vendrán lugo los más apresurados amaneceres de oc...re y noviembre; pero entonces, nuestro ritmo vital, ...isto al compás de la naturaleza, ya no parará mientes ...ello. Algo similar sucede con el otro extremo del día. ... tardes se van estirando lentamente en crepúsculos de ... y de grana. El sol se desliza por calles y avenidas; ...uenta rincones que había abandonado, y nos espía des...más allá de los pretiles más altos. Ni aún para quien ... obligado a vivir en las urbes, Setiembre pasa en vano. ...de nuestra celda de trabajo, percibimos, sin querer, otros ...ejos; presentimos nuevos matices del color, escuchamos ...s voces en el ambiente, y sentimos vagamente otros ...os en nuestro corazón.

*

El suburbio, con sus jardines y baldíos, sus casas blan... y pequeñas, y su espacio más generoso, le es mucho ... propicio. Desde una de esas casas modestas, la prima...a incipiente se muestra con esplendor unido a la hu...dad. Cada hora, cada detalle, nos la revelan.

Frente a los postigos de una ventana sencilla, cada ...ñana nos trae el regalo de un nuevo aspecto en el can...o de flores. Hasta la soledad y la muerte parecen ven...as en sus últimos reductos: el malsano baldío, de cuyo ...o surgen de pronto las retamas vibrantes; o la glorieta ... ruinas, a la que Setiembre transforma, de una noche ...na mañana, en un canasto de flores silvestres.

*

El encuentro del *plein air*, —campo o mar, otorga su ...ximo escenario a este cuadro de mutaciones. Con cruda ...dencia, surgen para conmover al más indiferente de los ...es. Y aunque el mar se muestre todavía hosco, porque ...rda parte del frío del invierno anterior—, consiente ... otorgar reflejos inesperados a las nubes, o a la sencilla ...cia de una vela lejana. Más humilde y más flexible, el ...oyo responde con prontitud al llamado de Setiembre. ... corriente se hace ágil, fresca y cantora. Grillos y luciér...gas le dan su música, dentro de una escenografía de in...ita riqueza y variedad, creada por auroras y crepúsculos.



El sol se desliza ahora por calles que había abandonado en el invierno.

Ante la inminencia de las tardes tibias y serenas, algún viejo bote que durante el invierno había permanecido amarrado, inmóvil y cargado de agua, es ahora sometido a la clásica operación del "achique". Es sólo el preludio de la ansiada vuelta a la actividad; la promesa de tranquilos paseos entre sauces y coronillas, sorteando lianas, troncos, pozos y remolinos. Mientras tanto allá, en los campos sembrados, granjas y praderas de pastoreo, todo habla del recomienzo del ciclo vital. La savia nueva gana de a poco la corteza endurecida, y pronto termina por horadar y deshacer la capa de cal con que, meses antes, fueran tratados los árboles frutales.

*

Como sombras, se desvanecen presagios, advertencias y tristes evocaciones. Pese a la realidad del *detalle*, el *todo* insiste, como el poeta, en su obstinado canto de primavera. A espaldas de la ciencia, dejemos al artista que levante ese canto, en alas del arte. Ya que Setiembre no quiera ser reconocido por los sabios, dejémosle, pues, en compañía del Poeta.

El nos completará ese cuadro maravilloso, que hemos intentado observar en forma harto parcial. Pero en parte también podemos hacerlo nosotros; porque el más tosco de los seres, parece volverse un tanto poeta, cuando Setiembre extiende hacia nuestra tierra, sus tibios brazos de luz.

Roberto LAGARMILLA

—Setiembre de 1964

(Fotografías del autor)



El viejo bote, abandonado en invierno, es sometido al "achique", cuando despunta la Primavera.



Las flores nuevas multiplican al infinito los matices de la luz de setiembre.

EL PUERTO DE *Hamburgo*

UNA PUERTA AL MUNDO



Perspectiva aérea de los canales y dársenas de Hamburgo.



Intensa actividad en un muelle de cargo.

NAVEGANDO por el Mar del Norte llegamos a la costa alemana, cerca de la desembocadura del río Elba, allí donde los fondos son tan bajos que se ha hecho necesario un sistema de balizamiento permanente, y donde se ven anclados los pontones rojos de los Prácticos del río.

Los barcos avanzan en fila y cada uno a su turno recibe el Práctico que lo ha de conducir al puerto. Grandes bancos de arena sobresalen en la superficie calma del agua en este día tormentoso de verano. En la margen derecha del río corre la "Riviera" alemana, la zona residencial de "Blankenisse", cubierta totalmente de bosques donde resaltan mansiones suntuosas entre el verdor de los árboles, campos de golf, cultivados jardines, hoteles con terrazas colmadas de turistas, clubes de regatas y remos a lo largo de la costa y atrevidos bañistas que desafían el fresco de la tarde en las angostas playas del Elba. Los resguardos de mimbre que se usan en la playa, parecen casamatas de soldados y surgen como hongos a la vista curiosa.

Al la izquierda, el río muere en bajíos y arenales deshabitados y estériles. El barco avanza y se interna en la jungla de acero que es el puerto, lentamente pasamos frente a Landunsbrucken, el verdadero corazón del Hamburgo marítimo, de allí parten los ferryes colmados de marinos; de turistas o de obreros en todas las direcciones del más enmarañado puerto que se pueda concebir, con sus decenas de muelles y bahías.

Allí frente están los grandes astilleros con sus imponentes moles de acero, bajo las cuales, desde la quilla a la perilla cobran vida nuevos barcos. Decenas de diques flotantes, mostrando los cascos desnudos, en febril actividad de carenado o reparaciones. A cada lado del río quedan las grandes bóvedas verdes que forman los terminales del túnel bajo el Elba, donde parece tragarse la interminable fila de vehículos que se alinean en las ramblas para bajar en los ascensores y atravesar el túnel.

Los remolcadores nos llevan al lugar indicado por la autoridad portuaria y en pocos minutos el barco queda amarrado al muelle listo para la operación. Pero lo que más impresiona a la llegada es la multitud cosmopolita, la gente que por todos lados da vida, que muestra inagotable actividad, en cuanto rincón tiene el puerto. Banderas de los países más remotos flamean en las popas de los barcos y en nuevas construcciones se inscriben puertos de matrícula donde jamás amarran, porque paradojalmente, como signo de la época, son países marítimos, sin marinos.

Potentes remolcadores maniobran hábilmente atracando, desatracando o remolcando enormes transatlánticos de pasajeros. Hay un momento de emoción en la entrada a este puerto que queda grabado para siempre en el recuerdo del marino y que es el único puerto del mundo que lo proporciona. A la entrada misma, sobre Blankenisse, desde el gran parador de turismo con sus patios llenos de gente que observa el río, surgen por los altoparlantes las notas del Himno Nacional, el barco avanza y la tripulación en cubierta siente un soplo de emoción como una brisa fresca que acaricia el alma, en perfecto castellano nos dicen "Bien venidos a Hamburgo" y la bandera de la ciudad de Hamburgo baja en el mástil saludando la tricolor que responde la cortesía.

EN LA CIUDAD DE HAMBURGO

Todo marino llega a puerto anhelante por bajar a tierra, pero en Hamburgo se llega ansioso y apenas el barco amarra y las autoridades dan "libre plática" la gente corre al muelle, al taxi o al ferry y a la ciudad y con ojos llenos de asombro contempla el movimiento humano, el progreso edilicio, el renovamiento constante de calles, plazas y parques, el tránsito veloz y ordenado de la vía pública. Las vitrinas rebosantes de atractivos artículos de toda variedad, tienen como un imán en sus vidrios y luces, pero el pensamiento también veloz multiplica precios locales por moneda nacional y el ánimo de adquirir se ahoga solo. El niño quedará sin el juguete y la novia sin el regalo prometido, no sólo por el precio sino por la "muralla china" de una aduana allá en el sur. El hombre que ha navegado años, a quien la familia espera con ansias, volverá de manos vacías y ni el recuerdo del puerto lejano quedará en el hogar, ya que él deberá partir pronto.

La ciudad cruzada por canales, salpicada por puentes, atravesada por túneles y enredada por trenes elevados, atrae y emociona, se apodera de uno, como la tela del insecto, pero Hamburgo no sólo es materialismo industrial y comercial. Los alemanes que viven aquí han hecho de esta ciudad, dejada en ruinas en la guerra, una moderna ciudad de grandes edificios llenos de luz donde prima el metal y el vidrio con ventanales iluminados y bordeados de flores bien cuidadas. Por toda la ciudad, a cada paso, en cada taller, oficina, restaurant o comercio resaltan las plantas que adornan y dan vida a todo.

Tiene Hamburgo un lugar excepcional en el mundo, es el gran jardín "Planten und Blomen", para quien ha recorrido cien puertos observando siempre los lugares más hermosos no cabe duda que éste lo supera en todo, un jardín que abarca decenas de cuadras, con plantas, árboles y flores de todo el mundo, millones de flores coloridas como si hubieran llovido del cielo con los colores del arco iris. Hábilmente dispuestas entre las rocas, colgadas en cestos soportados por altos mástiles, en las mansas corrientes de agua del arroyo artificial, en las fuentes, en los saltos de agua o en los recodos de los lagos, todo allí es hermoso, ordenado, admirable.

Confortables asientos individuales, dispuestos en lugares silenciosos y retirados invitan al reposo y a la meditación y obligan a enmudecer contemplando tanta belleza creada por el hombre.

Más allá, la creación máxima del genio artístico y técnico se exhibe en todo su esplendor en la realización lograda en un pequeño lago rodeado de césped, donde miles de personas se sientan en el anochecer a disfrutar del espectáculo más bello que se pueda concebir, allí en

la superficie calma del agua cada noche, en el silencio más profundo y de la oscuridad, surgen las notas emocionantes de la música clásica, mientras potentes chorros de agua iluminada en todos los colores vuelan hacia el cielo, vaporizándose en el aire o cayendo en cascadas al compás de la música, con el ritmo encantado de una increíble sincronización lograda por medios técnicos entre música, luz y agua. Una extraña sensación recorre el espíritu del hombre y los pensamientos vuelan allá lejos, se apartan y reúnen y nos reafirman que aún es bello vivir, que siempre habrá instantes hermosos por los que será digno luchar.

En estas noches de luna, en este fresco verano europeo hemos contemplado el espectáculo emocionante e inolvidable de esa fuente musical, hemos visto los chorros de agua horizontales, inclinados, curvos, rectos, de cien colores brillantes, cruzarse, juntarse, elevarse, y deslizarse con la gracia de una bailarina de ballet, escuchando obras consagradas del arte musical y hemos creído ver en esa fantasía de líquido y color, un cuerpo de baile danzando sobre la calma del lago iluminado en cien colores por reflectores sumergidos.

Termina ese espectáculo y allí cerca, bajo una artística bóveda de cemento, frente a cuyo escenario el público espera cómodamente ubicado en sillas al aire libre, una orquesta de cámara ejecuta música suave, viejos conciertos vieneses que encantan y se apoderan del espíritu más rebelde.

El silencio sólo es roto por el aleteo de los cisnes en el lago y los aplausos que se tributan a los músicos.

El perfume de las flores, la vista de las estatuas, las jaulas con coloridos pájaros y especialmente la belleza de las mujeres forman un concepto que sólo elogios permiten para este pueblo, pero el latino, más que nadie no puede reprimir su admiración ante este derroche de hermosura y lo exterioriza con palabras que no se comprenden.

EN EL BARRIO DE SANT PAULI

Llega la noche tibia y la población flotante, los miles de marinos y extranjeros turistas se vuelcan en el barrio de las diversiones, en busca de alegría, en la famosa Ripperbann, como en el Greenwich de Nueva York, el Montmartre de París, el Soho de Londres o el Saint George de Sydney, este barrio portuario hamburgués lo reúne todo, aquí la noche es día, y el día no tiene fin. La masa humana y cosmopolita circula por las amplias veredas y observa tentadores ambientes sin decidirse fácilmente. Uniformados y bilingües porteros vocean loas a su lugar en todos los idiomas posibles según la fisonomía del transeúnte. Restaurantes, bailes, dancings, cines, teatros, cervecerías, varietés, etc., se agrupan en unas pocas cuadras iluminadas "a giorno" con insinuantes figuras femeninas en neón o significativos carteles pintados. Los espectáculos más insuitados se ofrecen allí, desde las luchadoras en el barro, las que en leve vestimenta andan a caballo trotando en la reducida pista del dancing, los comefuegos, los tragaespadas, los mastica vidrios, hasta los equilibristas y contorsionistas.

Los lugares de bailes ofrecen curiosos sistemas, como el que tiene teléfono en cada mesa para que el cohibido enamorado pueda llamar a una joven frente a él e invitarla a bailar. También está el lujoso salón donde las muchachas son quienes invitan a bailar, pero todo el mundo sabe que el lugar más animado y pintoresco de Hamburgo es el "Zilertal" típico restaurante tirolés que en su gran salón con amplio balcón decenas de mesas de gruesa madera o cortes rústicos de troncos de árboles, con pesadas sillas, se ven siempre colmadas de público. La decoración del local hecha toda en madera labrada, representa escenas de la vida en las montañas del Tirol, la cosecha de uva, la fabricación de cerveza y en la artística escritura gótica muchos poemas decoran las paredes cantando loas a la patria, a la mujer y al vino y la cerveza alemanes. La misma cerveza que corre a raudales en enormes vasos a las bocas sedientas y llega a los corazones rebosantes de alegría de todos allí.

Una banda de músicos, de gordos hinchados de tanta cerveza, vestidos con la indumentaria tirolesa, les da un aire pintoresco con sus pantalones cortos de grueso cuero y tiradores, sobre camisa blanca. Pero allí reina la alegría general y la música levanta los corazones, valses, marchas; polcas y mazurcas desbordan las pistas de bailarines de todas edades, de todos los rincones de la tierra. Matrimonios, amigos, novios, desconocidos, todos se mezclan y cantan. Varias veces por noche se toca la canción popular alemana y todos brindan con sus vasos de cerveza, mientras se suben a las sillas y luego a las mesas, allí todos se toman por la cintura y balanceando el cuerpo se canta a viva voz la misma canción en los más diversos idiomas, la alegría es general y contagiosa, el espíritu se inflama y no hay lugar para prejuicios o celos, el ambiente es sano y sin dobleces.

En una gran mesa, rodeando una hermosa joven sueca y su familia, habíamos más de seis nacionalidades amistosamente conversando en un intrincado sistema de idiomas, incluidos un barbudo hindú de rojo turbante, un médico suizo, un indonesio, un brasileño y hasta un olimareño entusiasmado con unos divinos ojos azules y un cabello que irradiaba fuego.



Popas y proas forman cadena a lo largo de 35 km de muelles.

La noche se termina, las obligaciones nos llaman al puesto y vamos a cumplir la misión que nos ha traído aquí, porque somos conscientes de que ese es el principal deber, pero apenas tenemos otras horas libres, volamos a la ciudad, el taxi es caro pero rápido, cada minuto se valora, la partida está próxima y aún queda tanto para ver que la angustia se apodera de uno.

Quedará para otra visita el paseo a las galerías de arte, a los museos, a ver los monumentos; a la playa y al zoológico, pero con lo visto ya llevamos vívida impresión de Hamburgo que será perdurable a través del tiempo y será ese recuerdo el que nos obligue a estar siempre deseando volver.

En una noche clara de luna dejamos el muelle y llevados lentamente por silenciosos remolcadores nos alejamos con tristeza del puerto que tanto queremos. Las luces multicolores parecen despedirnos con guiñadas, los faros estiran sus brazos largos para darnos el adiós, millones de luces chisporrotean en las ventanas de los que imaginamos felices hogares alemanes. Barcos que llegan, nos cruzan, otros que salen, nos siguen y en largo convoy vamos rumbo al mar abierto.

Sentimos una tristeza que nos invade el espíritu, es imposible ocultarlo, y el hombre acodado en la borda en muda observación del puerto que se queda atrás, sin decirlo lo exhibe.

Al amanecer sentimos aún el eco de las voces, la alegría y la música pero sólo en nuestros sentidos, pues abordo todo se transforma en monótono ruido de máquinas y motores, el áspero crujir de chapas, la proa que rompe con violencia el agua, el viento que rasga los stays y el graznido de las gaviotas, todo se aúna para promover la melancolía, que finalmente matamos con el sueño, tan necesitado.

Allá quedó ese pedazo de Alemania, con su pueblo tan hospitalario, desprejuiciado y amistoso, ese puerto de mujeres tan hermosas, profusión de jardines, de lugares atractivos, de aire lleno de música, centro de cultura y de comercio, y aquí vamos nosotros, diminuta cosa en el mar, cargados de ilusiones.

Omar **MEDINA SOCA**

Hamburgo, agosto 20/964

(Especial para EL DIA)



La banda tirolesa del "Zillertad" con su indumentaria típica.

Andrea Palladio (1508 - 1580) Villa Barbaro en Maser.

HACIA LA LLANURA DEL VENETO

A la definición feliz y original de "vías que caminan" que se suele dar a los ríos, convendría agregar que, además de "caminar", los ríos indican muchas veces el trayecto que deben seguir las "vías que no caminan", como por ejemplo, las líneas férreas y las carreteras que bajan de las regiones alpinas hacia las irrigadas llanuras del Po y del Véneto.

Y hacia la llanura del Véneto bajamos nosotros, llevados por la Strada Statale Nº 51, la cual por un largo trecho es llevada a su vez por el curso del murmurante Piave, el río cuyo solo nombre evoca recuerdos de gloria.


Bellune. La Piazza del Mercato.

¿Y cuáles son los nombres del Véneto, de esta región privilegiada de Italia, que no evocan recuerdos de gloria? ¿Los nombres de Venecia, de Vicenza, de Padua o de Verona —por citar algunos— no están en la mente y en el corazón de toda persona culta?

Las siete provincias del Véneto, que abarcan una superficie de unos diez y ocho mil kilómetros cuadrados y están pobladas por más de cuatro millones de habitantes, y surcadas por veinte mil kilómetros de carreteras, tienen la particularidad de unir a los dones de la naturaleza un patrimonio artístico incomparable y una actividad asombrosa en todos los campos: agrícola, industrial y comercial.

Es sabido que el Véneto es la región de Italia donde más rinde el trigo —tres mil seiscientos kilos por hectárea—; donde se produce mayor cantidad de seda —dos mil quinientos millones de kilos por año—; y donde se elabora anualmente la mayor cantidad de vino —siete millones de hectólitros—. ¿Y quién no conoce, por ejemplo, el famosísimo "Valpolicella", el vino que toma el nombre de la maravillosa región véneta comprendida entre Verona y la costa oriental del Lago de Garda?.

Por eso dice un autor que si se organizara —hoy que están de moda— un concurso para elegir "Miss Región", él daría su voto al Véneto. Y, como muestra de la calidad y diversidad de bellezas creadas aquí por el hombre, el mismo autor agrega que hay tres teatros en el Véneto que una vez vistos no se olvidan jamás: el Teatro Olímpico de Vicenza, la ciudad elegante; el Anfiteatro de Verona, la ciudad romántica y almenada; y el Teatro Anatómico de Padua, la ciudad sabia. El Teatro Olímpico, obra maestra de Palladio que entusiasmaba a Goethe y a Byron, es la grandiosidad, lo imprevisto, lo fantástico de las construcciones barrocas; el Anfiteatro de Verona es la majestuosidad romana prolongada en un mágico juego de perspectivas por calles que se alejan en el espacio y en el tiempo; y el tercero, el Teatro Anatómico de Padua, es el lugar donde se representó durante siglos y ante ilustres maestros y no menos ilustres discípulos el último acto de la Comedia humana.

En Ponte nelle Alpi dejamos la Strada Statale Nº 51 y siguiendo la Nº 50 pasamos por Belluno, la capital de la provincia homónima y la ciudad que une al aire montañés algo de veneciano que enamora y unos contrastes que encantan. En la Piazza del Mercato, por ejemplo, sobre un antiguo pórtico veneciano con capiteles venecianos, un moderno cartel indica que allí hay una "custodia para bicicletas y motocicletas". Y en la moderna Via Roma, al lado de la iglesia de Santo Stéfano del siglo XV hay un sarcófago romano del siglo I; en frente, las lejanas laderas del Monte Grappa enrojecidas otrora por la sangre de los héroes y ahora por las luces del ocaso.

El valle del Piave se ensancha, el río se divide en varios brazos y tiende a abandonar la carretera; después de un trecho se le acerca de nuevo como para despedirse de ella, y en Busche, antes del paso a nivel, el Piave tuerce hacia el Sur y se aleja definitivamente de nosotros. Pasamos un pequeño puente sobre el Stien, afluente del Piave, y a los cinco minutos entramos en Feltre.

Feltre surge en una cuenca donde desembocan el Valle del Piave y el Valle Cimon; este último lleva a San Martino di Castrozza pasando por Fiera di Primiero; el primero es un lugar famoso por los deportes invernales, la segunda es la ciudad natal de un ingeniero famoso que se llamaba Luigi Negrelli, el proyectista del Canal de Suez.

La parte antigua de Feltre —la más hermosa y la más característica— está en una altura, rodeando una torre cuadrada que se levanta en la cumbre de una colina. La parte nueva, a los pies de la colina, después de alegrar con tonos blancos y rojos los muros grises de las casas más antiguas, se extiende por el valle hacia las carreteras que llevan a las aldeas de las montañas, en cuyas cumbres las nieve brilla siempre, vigilante, nítida, implacable.

Como otras pequeñas ciudades de Italia, Feltre tiene una vida ultramoderna entre los recuerdos del pasado; siete veces fue destruída y siete veces reconstruída en el mismo lugar, con aquella obstinación característica de los itálicos. Y después de la séptima destrucción fue reedificada más hermosa que antes.

La Via Mezzaterra lleva entre antiguos edificios a la Piazza Vittorio Emanuele, en la ciudad alta, donde el Teatro, la fuente monumental proyectada en el mil quinientos por Tulio Lombardo, el Palacio Villabruna y la vieja torre del castillo constituyen la mayor herencia artística dejada por la vieja Feltre a la nueva.

Una antigua tradición que data de veinte siglos, desde el año en el cual las legiones de Julio César pasaron por Feltre, hace de esta ciudad la más fría de Europa. Seguramente aquel invierno debía ser de intenso frío, o las legiones de César, al dejar el dorado otoño en las plácidas y exhuberantes llanuras vénetas, iban al encuentro del invierno que bajaba de las montañas y sintieron de improviso su rigor.

La verdad es que si Feltre no es la ciudad más fría de Europa, hay en ella inviernos tan crudos que hasta el mercurio del termómetro baja espantado a refugiarse en el bulbo. Entonces toda la ciudad se encierra y fuma filosóficamente con sus mil chimeneas que emergen de los techos de las casas donde albergan el descanso, la paz, la serenidad del hogar, mientras la nieve cae lenta, continua, sobre los techos, las calles, la plaza, y sobre las estatuas de Pánfilo Castaldi y de Vittorino da Feltre —los dos grandes hombres nacidos en esta ciudad— que se levantan en ella.

Castaldi como es sabido, fue el inventor —antes de Gutenberg— de las letras movibles para la imprenta; y Vittorino de Feltre fue el ilustre pedagogo del Renacimien "cuya fama de grandes virtudes —dice un historiador de la época— es tan universal que los señores venecianos y florentinos ponen a sus hijos bajo la disciplina de este gran hombre". A lo cual agrega Le Monnier en "Le Quattrocento" que "la escuela de Vittorino da Feltre producía hombres sanos, completos y perfectos, ella fue el verdadero tipo de la escuela del Renacimiento y al mismo tiempo, el primer ejemplo de escuela moderna".

Indudablemente la exhuberancia de grandes hombres en el Renacimiento italiano fue debida en gran parte a la excelencia de los maestros, quienes, ante el esplendor de sus discípulos, quedaron en la sombra.

Salimos de Feltre hacia Primolano donde, por la Statale Nº 47, seguimos el curso del río Brenta hasta Bassano, la pequeña y graciosa ciudad que se enorgullece de su famoso puente, de su Museo y de ser el nudo de carreteras que en un radio de veinte kilómetros llevan a lugares que recuerdan antiguas glorias. Hacia el Norte, al Monte Grappa, la montaña sagrada de los italianos; hacia el Sur, a Castelfranco, la ciudad natal de Giorgione; hacia el Noreste, a Possagno, la ciudad natal de Canova; y hacia el Este, a una de las maravillosas villas del Véneto: a la Villa Barbaro en Maser, proyectada por Paladio, decorada por Paolo Veronese con un grandioso ciclo de esplendorosas fantasías y en una de cuyas salas —en la Sala de Poniente— cubierta por un techo donde entre nubes y dioses vaga la *Eternidad*, la bella Giustiniani, esposa de Marco Antonio Barbaro, desde hace cuatrocientos años acompañada de su anciana nodriza, mira hacia el bajo mundo.

No lejos, hacia el Oeste, está el antiguo castillo de Asolo transformado en el año 1489 en espléndida villa para ser donada por la República de Venecia a Caterina Cornaro, la bella veneciana reina de la isla de Chipre, que "prefiriendo el decoro y la utilidad común al interés personal y a la ambición" cedió el reino de Chipre a Venecia, su patria.

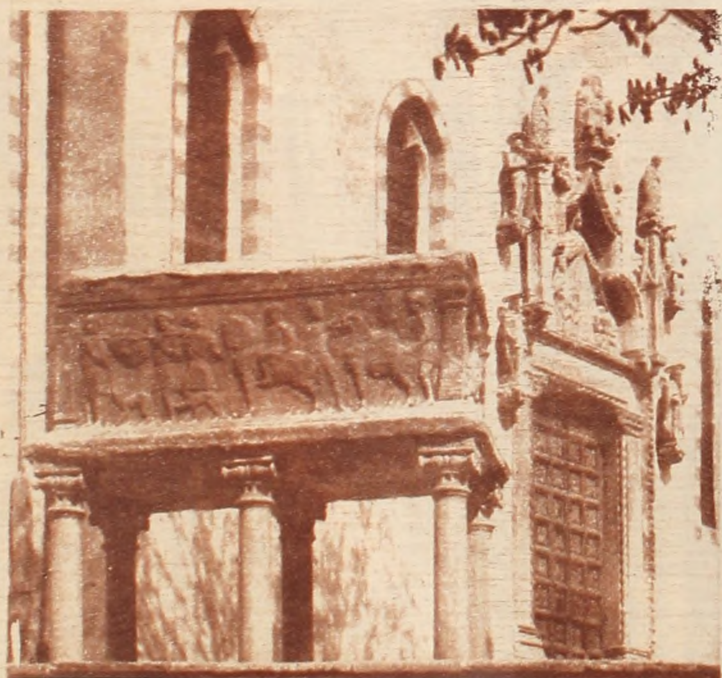
La Serenísima República, grata por la soberbia donación, colmó de honores a la hermosa joven y le obsequió la villa de Asolo; aquí Caterina Cornaro reunió los grandes hombres de la época, aquí Aldo Manuzio, el humanista insigne, escribió los hechos de Venecia, y aquí Pietro Bembo escribió los *Asolani*, cantos de amor platónico inspirados en la contemplación de la dulce naturaleza que rodea esta villa.

Todo esto es muy hermoso, tan hermoso como el rostro de Caterina Cornaro en el retrato que pintó Tiziano y como el alma de esa joven de veinte años que, después de donar un reino, vivió en la serenidad de estas colinas una vida tan sencilla que la grande y turbulenta Historia se olvidó de escribir su historia.

Ing. Enrique ***CHIANCONE***

(Especial para EL DIA)

Paolo Ca ("El Veronesse") (1528-1538). **Detalle de la decoracion de la Sala de Poniente en la Villa Barbaro.**



Belluno. El sarcófago romano en la iglesia de Santo Stéfano.



San Martino di Castrozza. Verdor de abetos y blancura de nieve.

LA CAPILLA PALATINA DE RA



ENTRE los numerosos templos que aún subsisten en Ravena se encuentra el dedicado a San Vidal cuyo renombre, por la nobleza de su arquitectura y el esplendor de sus mosaicos, ha permanecido firme a través de los siglos. San Vidal es un mártir que fue ajusticiado en Ravena en la segunda mitad del siglo II; él y San Apolinar —primer obispo de la ciudad— son los patronos de ella y sus nombres se hallan unidos a una tradición secular de literatura y de arte.

El bellísimo templo levantado en honor de aquel santo no traduce la tradicional forma del **martyrium** (edificio construido sobre la tumba de un mártir para honrarle con culto público) que en Occidente se desarrolla generalmente en planta basilical con una, tres o más naves; San Vidal es de planta central, es decir que ella no se inscribe en un rectángulo sino en un círculo (o figura equilátera); ello proviene de que él no fue levantado sólo para honrar al mártir sino también para servir como capilla del palacio imperial.

Ravena fue desde principios del siglo V hasta mediados del VIII centro político importantísimo de Occidente (fue capital del Imperio Romano de Occidente, capital de diversos reinos bárbaros, residencia de los exarcas de Constantinopla); este hecho y las diversas influencias recibidas —sobre todo la bizantina— hizo que durante el tiempo que conservó su autonomía creciese en poderío económico y en esplendor de arte cuya manifestación más clara y deslumbrante son los mosaicos que todavía cantan

Interior de San Vidal. Al lado de la gran ventana del ábside vemos la escena con el cortejo del emperador Justiniano; sobre las mismas, Cristo que tiende la corona a San Vidal; entre los dos, la figura de un ángel. En la base del pilar de la izquierda, relieve del Renacimiento en el cual están incluidas dos columnas de precioso mármol que pertenecieron al ciborio que cubría el altar; a ningún restaurador se le ocurriría suprimirlo para dar "unidad estilística" al templo. Las demás escenas, así como el resto de las decoraciones, están también realizadas en espléndidos mosaicos, todos del siglo VI.

un increíble himno de belleza en los azules silencios de sus basílicas; entre éstas, y como ninguna, se encuentra San Vidal. Fue, como hemos dicho, la capilla de la corte, concebida para desarrollar en ella la complicada liturgia bizantina donde las augustas personas del emperador y la emperatriz eran como la contraparte terrena de la imagen de Dios en el cielo, por ello, los deslumbrantes ritos establecían una comunicación —intercalada o simultánea— de adoración y acatamiento, de ofrenda y petición entre el altar y el trono.

Cuando Carlomagno, sintiéndose heredero de la corona de Roma trasladó a Aquisgrán el nombre del Imperio y las reliquias de la ciudad ravenés (se llevó mármoles y bronces del palacio de Teodosio) lógicamente intentó también trasladar las grandes ceremonias que habían nacido y crecido en la corte de Ravena; para ello mandó hacer en su capital una copia de la capilla palatina. Así nació la de Aquisgrán igualmente organizada en planta y alzado, a San Vidal pero ya no rica en decoración como aquél. Había nacido un templo claro, sólido, severo, apropiado para una liturgia que si resultó más ruda, fue también más eficaz que la pomposa y alambicada de Ravena.

El traslado de la disposición arquitectónica del templo de San Vitale a Aquisgrán es el comienzo de un largo peregrinar, durante siglos, por las cortes de reyes y señores de diversos países de Europa de este tipo de capilla palaciega. El mismo, con las modificaciones que imponen los cambios de tiempos y estilos, pero manteniendo siempre su funcionalidad en dos planos —altar, corte— llegará hasta los tiempos modernos una de cuyas manifestaciones es, por ejemplo, la capilla real del Palacio de Versailles.

Desde el siglo IV, época en que los emperadores romanos reconocen o abrazan la religión cristiana, se tiene noticias de capillas o lugares de culto habilitados residencias imperiales como el orato edificara Santa Elena en el palacio riano de Roma. Mas, en realidad oratorios, no eran sino lugares para voción personal y privada del so una construcción de gran respiro cialmente concebida para una soler turgia en presencia de la corte, re da —en Occidente —en San Lore Milán. En la ciudad lombarda, que fuera capital del Imperio Romano, es plo fue levantado entre fines del s y mitad del V, contiguo al palacio in es de planta central, deambulatorio planos y cubierto con cúpula. En él s noce la clara disposición de la trad arquitectura romana, el espacio lu que invita a la acción, todo ello ta trario al barroquismo bizantino que ga y deslumbra en un éxtasis de color.

¿Qué antecedentes tiene la capilla tina ravenés en la historia de la ar tura? Edificios de planta central con

La emperatriz Teodosia, recargada de joyas y vestida con riquísimas telas bord nada de las damas de su corte, también costosamente vestidas, va a ingresar un poco antes, fuente para las abluciones. (



VENA

de vanos en segundo plano alto y cubiertos por cúpula se conocen en la época imperial y alcanzan majestuoso desarrollo en nifeos (Minerva Médica, en Roma), templos (Panteón, ídem), salas (Domus Aurea, ídem), pero estos antecedentes son demasiado lejanos para ser directos. El inmediato tal vez deba buscarse en Constantinopla sin olvidar a Milán.

A abonar la tesis de una directa influencia bizantina está el hecho de que San Vidal fue concebido después de la misión que en el año 525 cumpliera en Constantinopla el obispo de Ravena, Eclesio. El historiador ravenés, Agnello da Ravenna, que fue obispo de la ciudad en el siglo IX, dejó importantes testimonios en sus escritos (**Liber pontificalis, sive vitae pontificum Ravennatum**) y es él que nos dice que Eclesio fundó, después de su viaje a Constantinopla, el templo de San Vitale y el de Santa María Mayor (éste en las proximidades del otro; es de planta basilical) con la ayuda de Juliano Argentario. En un mosaico de la misma iglesia palatina aparece Eclesio sosteniendo en sus manos el modelo del templo por él fundado.

representada en el momento en que acompa-
Un personaje corre el cortinado de la puerta;
del siglo VI).



El emperador Justiniano precedido por los eclesiásticos que han de celebrar la gran liturgia avanza hacia el altar llevando rica pátera en la mano; lo siguen dos dignatarios y soldados armados; en el escudo de uno de éstos están grabadas las dos primeras letras —X P— del nombre en griego de Cristo. El obispo de Ravena, Maximiano, que consagrara el templo, está indicado por su propio nombre; entre éste y el Emperador aparece un personaje en segundo plano que sería Juliano Argentario. Esta escena nos da una idea del esplendor de las ceremonias que se celebraban en San Vidal (Mosaico del siglo VI).





Detalle del mosaico con el cortejo de la Emperatriz. Teodosia tiene en sus manos una copa enriquecida con perlas y piedras preciosas; ella misma luce su esplendente diadema de la cual bajan hilos de perlas sobre sus hombros y pecho enjoyados. Lamentablemente la fotografía no puede traducir toda la maravilla de luz y color que se desprende de estos mosaicos.

Especialmente nombramos a Juliano Argentario, legendario personaje, porque al mismo se ha querido reconocer en algunos mosaicos de la ciudad, especialmente en uno de San Vidal cuya fotografía se incluye en esta página. Juliano Argentario ha sido tomado como un poderoso e influyente personaje de la corte de Ravena o como un gran mecenas que de su peculio levantó grandes monumentos; seguramente fue un alto funcionario, administrador de impuestos que lógicamente ató su nombre al ordenamiento financiero de donde provenían los fondos para la construcción de aquellos monumentos. (Guglielmo de Angelis D'Ossat: "Studi Revennati" 1962).

En Constantinopla se levanta en los mismos años en que se edifica San Vidal, el templo de los santos Sergio y Baco, también capilla palatina, sin que pueda establecerse, hasta la fecha, cuál de ellos antecede al otro en la erección. Lógicamente, a iguales necesidades —Constantinopla - R a v e n a— creada por una liturgia enriquecida con multiplicados simbolismos y pomposos paramentos con la asistencia a esa liturgia de una corte no menos pomposa, hubo de resultar una organización similar para las dos capitales. Así, en el encuentro de Eclesio con los obispos de Constantinopla debió nacer San Vidal y Santos Sergio y Baco.

El templo de Ravena lo consagró el obispo Maximiano, al poco tiempo de ocupar la silla episcopal de la ciudad, el 17 de mayo del año 547. Durante su larga vida el templo fue objeto de diversas transformaciones; entre las más importantes se encuentra el realzado del pavimento; esto se hizo necesario porque las aguas del subsuelo, creciendo en nivel, invadían el piso del templo. Este realzado fue hecho en el 1500. En torno al año 1930, bajo la dirección de Renato Bartoccini, se efectuaron importantes trabajos de restauración y consolidación; entre ellos, se volvió el pavimento a su nivel original; al hacerlo se descubrió una parte importante del original del siglo VI que fue conservado y hoy luce integrando la ornamentación primitiva del templo; el resto del pavimento fue completado con el que se usara en el 1500, (Renato Bartoccini **"Restauri in San Vitale a Ravenna"**, en "Félix Ravenna" XXXVIII, 1931 y XLI, 1932).

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)

Por todo lo qual la penetración de V. SS. advertirá hallarse mi protejido indemne del delito porque se le ha puesto en consejo de Guerra, y que si incurrió en alguno se hallará castigado por el oficial, y pido se le ponga en libertad como lo espero de la justificación de V. SS. Maldonado 20 de Mayo de 1798.

Diego Fernández



Parte final del dictamen del Defensor, Sr. Diego Fernández.

Agustín Gutiérrez, Bernardo Flores, Pedro López, Fernando Gorosito, Juan Ximeno, Juan Vicente, Pedro Soria, Miguel Areco, Francisco Iguini, Juan Díaz, Pasqual Valladar, Juan González, Pedro Godoy, Mariano Muñoz, José Benítez, Pedro Sosa, Felipe Cejas, Juan Villanueva, Francisco Rondar, José Barbosa, Manuel Goro, Juan (sic), Pasqual (sic), Diego (sic), José (sic), Teodoro Martínez, Bernardo Martínez, Gabriel P. (sic), Anselmo de la Rosa, Agustín Peralta, Juan Noriega, Antonio Llovet, Juan Cabrera, Ramón Hernández, José Torres, José del Río, Pedro Jaymes, Bernardo Pablos, José Palacio, José Flores, Pedro González, José Sepúlveda, José Méndez, Gervasio Leiva, Juan Ramírez, Juan Soria (?), Roque Riquelme, Pasqual Barrientos, Prudencio Rodríguez, Martín Ruit, Miguel Rodríguez, Julián Laguna, Pedro Espinosa, Antonio Meneses.

Destacamos entre otros, por la jerarquía, el enganche de Julián Laguna cuyo ingreso al cuerpo veterano de blandengues tuvo lugar el día 22 de mayo de 1797, siendo un adolescente.

BLANDENGUES DE LA BANDA ORIENTAL

VAMOS a dar hoy nombres de blandengues con sabor de historia lejana y evocación auténtica de los inicios de este cuerpo veterano.

Son ellos los que integran las tres compañías fundadoras. De su estudio comparativo cabe observar —hecho lógico, por otra parte— que ellas se van reestructurando a medida que ingresan nuevos elementos.

Nuestra investigación, en este sentido ha sido muy fructífera; tanto que podemos decir que nuestros trabajos nos han puesto frente a las primeras listas —en el tiempo— que se confeccionaron.

No obstante este hallazgo feliz, vamos a transcribir, por considerarlas verdaderamente valiosas, las confeccionadas el 14 de junio de 1797, y por supuesto, en Maldonado.

PRIMERA COMPAÑIA

Pedro Gómez, José Olivera, Juan Rodríguez, Cipriano Basualdo, Dionisio Sánchez, Antonio Maturano, Juan de Dios Moreno, Tomás Vallejos, Juan Carpintero, Bartolo Villafanes, Miguel Fernández, José Gervasio Artigas, Antonio Gómez, Carlos Pinayo, Vicente Dabir, Francisco Calabuig, Juan Orquera, José Escobar, Manuel Escobar, Marcelino Montes, Fermín Rojas, Alejos Ruiz, Bartolomé Mendoza, Santos Castillos, Joaquín Sosa, Manuel Rolón, Juan Duarte, Felipe Gutiérrez, Juan Clímaco Gómez, Miguel Antonio Pintos, Manuel José Rodríguez, Juan Fernández, Mariano Varela, Juan Tizón, Manuel Díaz, Tadeo Mereles, José Ignacio Martínez, Ponciano Madurero, Juan Aredes, José Lino, Jacinto Cabrera, Gaspar Blanco, Luis Rodríguez, Manuel Balmaceda, José Cañete, Antonio González, Francisco Domínguez, José Salcedo, Damián Rivero, Jacinto Ponce, José Santa Cruz, José Doctor, Manuel Vargas, Vicente Pablo Velázquez, Marcos Tolosa, Francisco Solano Cubilla, Miguel Serrano, Antonio Pereyra.

Se cierra así la lista de los soldados que componían la primera compañía de blandengues el día 14 de junio de 1797. Entre ellos figura, según lo habrá reparado el lector nuestro Prócer. Interesa además destacar que salvo los seis últimos, los restantes soldados blandengues estaban ya enganchados promediando el anterior mes de mayo.

SEGUNDA COMPAÑIA

Esta segunda compañía está integrada por: José Rodas, Antonio Ruiz, Baltasar Núñez, José Antonio Sosa,

Conceptúo muy necesario, no dejar sin exemplar castigos aún los Delitos leves de esta Clase para que sirviendo de Exemplar [illegible] a ellos, y se alarme por este medio el mas necesario, para conservar el Orden y Disciplina de la Tropa.

Por todo lo que Concluyo por el Rey, que al Soldado Francisco José Coronel, se le intime la pena de quatro años de Recargo al tiempo de su Empeño.

Maldonado 2o de Mayo de 1798.

Juan de la Cueva

Parte final del dictamen del Fiscal, Sr. Juan de la Cueva.

TERCERA COMPAÑIA

Pedro Acosta, Andrés Flores, Juan Ramírez, Juan Fernando Rojas, José Sánchez, Juan Pedro Liscano, Santiago Arellan, Mariano Correa, Juan Andrés Peralta, Juan Molina, Valentín Miranda, Antonio Rodríguez, Mariano Siniestro, Francisco Molina, Carmelo Galván, Juan Pereyra, Juan Melo, Juan del Carmen, Fernando Palacio, Manuel Reinoso, Juan Andrés Carrera, Manuel Rivera, Tomás Gutiérrez, José Mariano Figueroa, Juan Bautista Zárate, Francisco Cejas, Pedro Antonio Medina, Pedro Nolasco, Antonio Molina, Juan José Osuna, José Timoteo, Bernardo Zamurio, Feliciano Sosa, Pedro Pablo Gauna, Ramón Mendoza, Juan Francisco Galiano, Silverio Benítez, Antonio José, Hermenegildo Cruz, Juan Bautista Ruiz, Juan Martín, Antonio de la Rosa, Andrés de los Santos, José Ogran, Pedro Reyes, Alejos Mercado, Bruno Barrancos, José Arellano, Antonio Ximaran, Juan Antonio Fernández.

Esta compañía cuenta con 52 soldados; de ellos, sólo Pedro Acosta, Andrés Flores, Juan Ramírez, Juan Fernando Rojas habían ingresado al regimiento en el curso del mes de abril. Los restantes se habían ido incorporando en el correr de mayo.

*

De este núcleo de hombres se habían elegido los cien blandengues que finalizando junio marcharon a Santa Teresa llevando como jefe espiritual al Blandengue Ilustre que hacía las veces de Ayudante Mayor del Teniente Matías Sancho. De los restantes —aunque acrecidos con algunos nuevos enganchados— eligió nuestro Prócer a su regreso de Santa Teresa y en marcha hacia Montevideo, por orden virreinal, los 20 soldados con los cuales —y dragones— saldría rumbo al norte promediando agosto en su primer cometido para celar y pacificar la campaña.

Los cincuenta enganchados por Artigas, por primigenios, merecen en la crónica del cuerpo veterano de blandengues, el calificativo honroso de fundadores. Luego, fueron llegando otros y otros. De los dos modos particulares de sus enganches —por sí, o a través de un militar facultado por la superioridad para verificar su alistamiento—, ya nos hemos ocupado, con detalle, en estas páginas. Empero, estos soldados son algo más que nombres y guarismos. Desde este enfoque las preguntas se agolpan, pugnando por encontrar respuestas.

*

¿Quiénes eran ellos? ¿De dónde provenían? ¿Por qué causa se alistaron en el nuevo regimiento? ¿Acaso en procura de un indulto?...

Comenzaremos por decir que la gran mayoría de los hombres que formaban el cuerpo de blandengues, se alistaron voluntariamente, y por lo tanto, no se acogieron al indulto que a ese efecto se había publicado.

Nos basamos para afirmarlo en documentos de la época y entre ellos el calificado testimonio del Teniente Coronel Manuel Gutiérrez Varona.

En el terreno de lo anímico, los soldados blandengues recorren una variada gama sicológica y asumen los más diversos comportamientos.

Quisiéramos en esta crónica ilustrar con un ejemplo real alguna de sus reacciones anímicas, y nada nos parece más adecuado que el de dar a conocer un juicio sumario que se le instruyó en Maldonado a uno de estos soldados en marzo de 1798.

*

Este blandengue se llamaba José Francisco Coronel; pertenecía a la 8ª Compañía. En ella era alférez un oficial muy joven: tenía 17 años. Se llamaba Agustín Belgrano. Imaginémonos estar presentes en el episodio que centra el relato que fuera protagonizado por Belgrano y Coronel.

Usando las palabras textuales de Agustín Belgrano, decimos: ..."que el día 4 de marzo estando próximo a estar de guardia, vio a José Francisco Coronel que andaba vestido, y diciéndole el declarante cómo era que cada vez

que lo llamaba para el ejercicio, decía no podía ir por no tener ropa y ahora la tenía para salir a pasear".

A ello "respondió Coronel que la ropa que llevaba no era suya, sino prestada".

Dice entonces el alférez Belgrano que él a su vez le respondió: "vaya vuestra merced con Dios", y que luego que Coronel oyó ésto, le respondió con un modo algo altivo: "Sí, señor, iré con Dios".

Empero, reconviniéndole el oficial de que no le respondiera con semejante modo porque le pondría preso, le replicó el blandengue: "¿Acaso yo le respondí a usted mal? Y si acaso usted me quiere mandar preso iré".

Dice Belgrano, que a esa altura del diálogo, le despachó expresándole: "Vaya vmd., no me replique antes que pase adelante la cosa", y que Coronel le volvió de inmediato la espalda, rezongando.

Así terminó, por ahora el episodio; empero, las cosas siguieron adelante según lo veremos de inmediato.

Coronel se fue. Al rato entró de guardia el alférez Belgrano; y estando en el cuerpo de guardia conversando con el armero "vio que venía Coronel, quien a su llegada le dijo — estamos transcribiendo textual — voy a ver a mi capitán". El oficial a su vez, le preguntó "A que va vmd a ver al capitán?" El soldado le respondió: "Voy a decirle que vmd. quiere que yo ande vestido y no tengo ropa".

Expresa Belgrano que por su parte le dijo: "No quiero que vaya vmd. a ver al capitán, pero que retrucándole Coronel por varias veces, sí señor tengo que ir, volviéndole al mismo tiempo la espalda y no obedeciéndole, tiró de la espada y le dio unos cuantos latigazos y le metió para adentro y le hizo poner en el cepo".

Dice el oficial que primero ordenó le pusieran de cabeza en el cepo, y luego, de pies. Y entonces agrega textualmente: "Enfurecido Coronel no quería sino que le habían de poner de cabeza, alternándose en aquel acto con varias desvergüenzas que el oficial declarante no se acuerda".

De todo ello dio cuenta al comandante, el que dispuso se hiciera sumaria información del hecho.

Declaran testigos: seis en total. Cuatro deponen favorablemente para el soldado. Su defensor, el teniente Diego Fernández hizo una humana y hermosa defensa del blandengue sumariado, algunos de cuyos párrafos transcribimos de inmediato.

"Esta es puntualmente" — dice textual el teniente Fernández — "la declaración del oficial sobre los que funda los delitos de Coronel de falta de subordinación y respeto que supone en el parte y parece que no necesita más que ella misma para conocer que está muy distante este soldado de haber incurrido en ellos.

Las penas señaladas en las ordenanzas — agrega — para castigar la inobediencia son ceñidas en los casos del real servicio. ¿Y quién graduará de tal, el no haber convenido Coronel que la prohibición que le hizo el oficial que viese a su capitán por un motivo que a él constaba ser justo?"

Después de formularse esta pregunta, agrega el Defensor: que las disposiciones de las reales ordenanzas encarga al rey que los superiores en sus reprensiones y reconvenciones se midan para no exceder en términos que signifiquen mal trato, porque todo abuso de su autoridad será del desagrado del monarca.

Y agrega entonces el teniente Fernández: "El oficial asegura en su declaración que el blandengue Coronel no se hallaba embriagado; tampoco se hallaba preso ni menos profirió palabra alguna, sino que echó a andar, ¿pues, qué motivo tuvo para no permitirle que fuese a ver a su capitán, de quien solicitaba vestirse? Parecería más regular que dicho oficial se hubiese hecho cargo de que este soldado hallándose desnudo, en lo más cruel de la estación era digno de que se le procurase algún remedio o al menos hacerle entender los motivos que impedían el no hallarse vestido como los demás de su clase, prometerle su remedio y aún propender a él, y no destituirlo de toda esperanza impidiendo viese a su capitán".

*

Así abogó el teniente Martínez por su patrocinado. Fue hermosa y muy humana la defensa, que contrasta con la cerrada acusación del oficial Juan de la Cuesta que en función de tal, dice: "Contemplo muy necesario, no dejar sin ejemplar castigo aún los delitos leves de esta clase, para que sirviendo de escarmiento infunda terror a ellos y se afiance por este medio el más necesario para conservar el orden y disciplina de la tropa". Y pide se le imponga como castigo el recargo de cuatro años en el servicio de soldado blandengue a José Francisco Coronel.

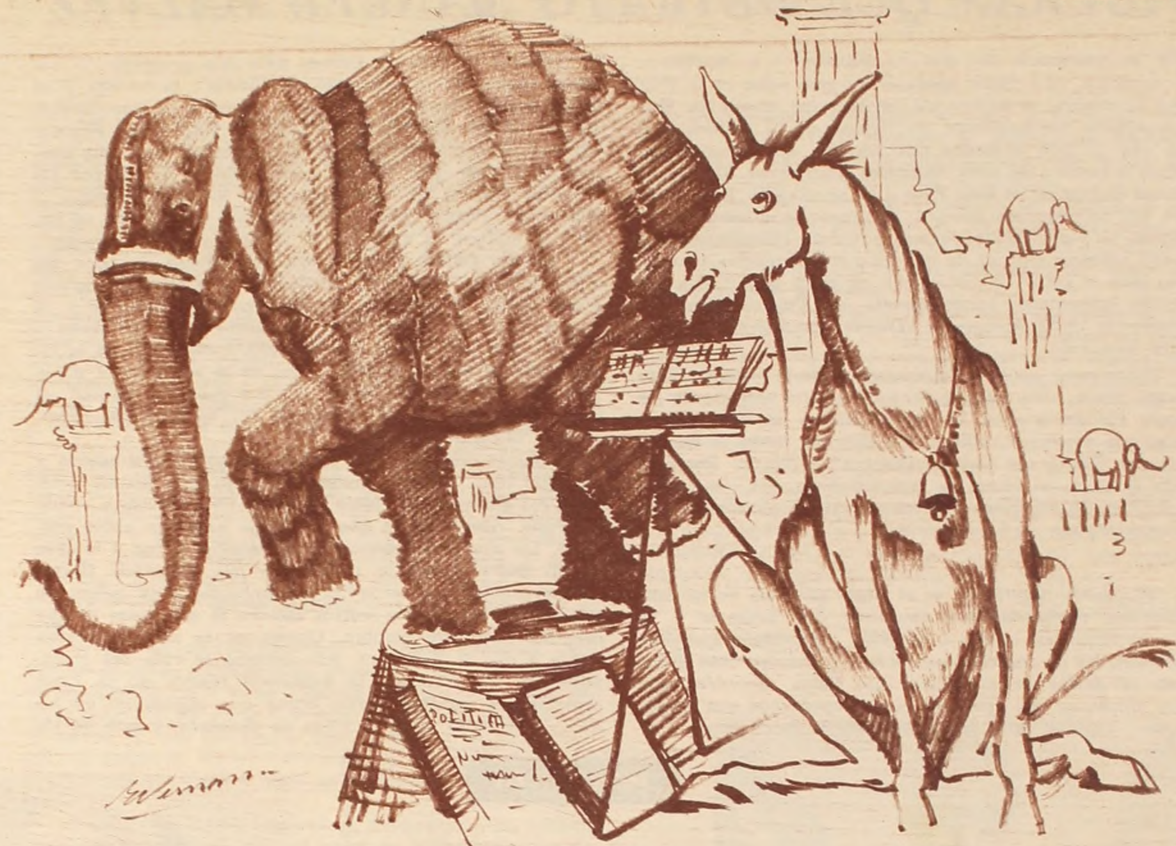
*

Al margen del asunto mismo que entra en el tema de la justicia militar, afloran nítidamente perfiles espirituales, comportamientos personales y estados anímicos que hemos creído de interés y necesidad destacar. Además, nos ha puesto en camino no sólo de ahondar y escrutar en las almas, sino plantearnos el también muy importante problema del vestuario, que en mucho — lo veremos — refleja sobre aquél.

Florencia FAJARDO TERAN

(Especial para EL DIA)

DIBUJO DE VERNAZZA



AMERICA MIRA AL ELEFANTE

HEMOS hecho en América del elefante la imagen de una especie de hercúleo dios que el destino le negó a nuestras selvas. En esto nos comportamos como los europeos. Europeos y americanos leemos con pasmo los relatos sobre los elefantes en la toma de Cartago, y si vamos al circo lo hacemos atraídos, en buena parte, por los elefantes. Nada nos entusiasma tanto como verlos bailar y encontrar en ellos algunas semejanzas con ciertos alegres gordos que en la sociedad de los hombres aparentan la misma bonhomía de los paquidermos. Algún idealista peruano ofrecía como solución para abrir las selvas amazónicas importar manadas de elefantes. En los Estados Unidos toda la política se desenvuelve dentro de la lucha de un elefante y un burro. La fuerza reaccionaria y conservadora pone sus esperanzas en ver el elefante pisando al burro. Por fortuna, suele ocurrir que sea el burro triunfante quien aparezca montado sobre la cátedra del paquidermo, tocando alegremente la flauta... como por casualidad. En Europa la nostalgia del elefante se siente desde los tiempos de Aníbal. En la plaza de la Minerva, en Roma, hay un elefante de mármol que lleva sobre su silla un obelisco; en Urbino los Malatesta llenaron de elefantes de mármol la catedral, y en Bomarzo, los jardines de una villa están poblados de monstruos gigantescos, de piedra, labrados por prisioneros africanos. Allí está el elefante de piedra más verde y más grande; ostenta una gualdrapa de líquenes bellísima. Un argentino, el fantástico Mujica Lainez, ha montado en ese jardín una de las novelas mejor ambientadas que recuerde la literatura de la América Latina. Así un elefante de piedra ha acercado los dos mundos. Otros soñadores viajan imaginariamente poniendo sobre el escritorio diminutos elefantes de marfil. Ramón — el greguerólogo — anunciaba la aparición de sus libros saliendo por las calles montado en un elefante. Pardo García, en un reciente poema a Juan XXIII, ha dicho que le encontraba orejas de elefante. Raúl Bopp, el gran poeta brasileño, explica la formación del negro como una consecuencia de aquel árbol que se volvió elefante y caminó lentamente por la noche negra:

> *A floresta inchou.*
> *Uma árvore disse:*
> *—Eu quero ser elefante.*
> *E saiu caminhando no meio do silencio.*
> *Aratabá-becúm*
> *Aratabá-becúm*
> *Aquela noite foi muito comprida.*
> *Por isso é que os homens sairam pretos*
> *Aratabá-becúm*

*

A comienzos de la colonia, un extraño pintor decoró al fresco los techos de dos de las casas grandes de Tunja. Era Tunja la ciudad más fría de la Nueva Granada, unida a Santa Fe de Bogotá por un camino de viento y arena que hace meandros al pie de los cerros. Los cerros, en la mañana, se cubren de escarcha. El pintor de Tunja soñaba en rinocerontes y elefantes, y los copió de grabados de la época. El rinoceronte era el mismo que un sultán le envió de regalo al rey de Portugal, y que el rey quiso enviarle en la misma forma al Papa. Entonces se hacía esta clase de atenciones entre soberanos. El elefante no ha sido estudiado. Pero parece cosa buena que en el siglo XVI los paramunos hijos de Tunja encendieran un tabaco, se acurrucaran en la sala, y se quedaran mirando al techo rinocerontes y elefantes. Yo mismo, ahora en París, viendo la fotografía que un amigo me envió hace años del elefante de Tunja, la encuentro buena para soñar. Me acuerdo de Montaigne. Montaigne en Perigueux debía ser como los tunjanos de su tiempo.

De los ensayos de Montaigne, el mejor, humanamente hablando, es el dedicado a las bestias. Es el gran bestiario, y dentro del bestiario los elefantes son la gran figura. Montaigne recuerda al elefante que hacía sonar la pandereta y bailaba, aún sin tener al amo por delante. No bailaba por miedo, bailaba por gusto, por amor al arte. Habla de los elefantes guerreros que formaban el frente de batalla asiático: lo que tratan de hacer hoy con elefantes de fierro en los ejércitos modernos. Y los elefantes que hacían ante el sol actos de adoración y que obligaban al filósofo a pensar si, en el fondo, esas bestias no imitaban, sino de veras rendían un culto propio a la divinidad del sol. Y los elefantes son astutos. Uno recibía del criado que debía alimentarlo sólo la mitad de lo que su señor le ordenaba, y cuando el señor fue a presenciar su merienda y el criado le puso la ración completa, la bestia con la trompa separó y dejó de lado la mitad: así se enteró el señor de lo que comía a diario. Otro, cansado de que el criado mezclara piedrecillas a su comida, un día, estando cerca del lugar donde el criado merendaba, le echó con la trompa ceniza sobre la carne. Sin embargo, no conoció Montaigne lo mejor de los elefantes, como delicadeza: no los vio en el circo, como ahora nosotros, poniendo la pata sobre el estómago de la domadora tendida en el suelo, con la delicadeza de una caricia. Cuando sería tan fácil...

En fin: ahora vemos sobre la vasta pradera norteamericana, que antaño recorrieron los búfalos haciendo retemblar como un cuero la tierra, al senador Goldwater que se lanza a la conquista de una Casa Blanca, montado en un elefante que no es precisamente el elefante del circo.

Germán ARCINIEGAS

—París.

(Exclusivo para EL DIA)

FIGURAS QUE RETRATO MANUEL GALVEZ

SIN la convicción de que en algunos —o muchos— aspectos, va a poder aparecer tal gran actor en la vida, nadie se tomaría el trabajo de publicar sus memorias. Está la excepción, naturalmente, de figuras de la política o el arte que se ven acosados por editores que ofrecen una fortuna a cambio de unos originales biográficos. El caso de Manuel Gálvez no es éste. Pese a su nombradía, muy justa, pues era un vigoroso escritor, con novelas difundidísimas y libros, en buena parte historia novelada (Sarmiento, Yrigoyen), estamos seguros de que va a costar mucho (muerto como está el autor) la colocación de estos tres tomos que nosotros adquirimos recientemente en Buenos Aires, no obstante su costo exagerado. (Queda por aparecer aún el cuarto volumen).

Confesamos no estar arrepentidos de la compra. Para quienes hemos sido testigos del movimiento literario de los últimos cincuenta años, las memorias de Manuel Gálvez tenían que atraernos mucho. No importa tanto lo que el autor del "Diario de Gabriel Quiroga" y "Nacha Regules" pueda decir de sí, como la curiosidad de ver cómo trata a infinidad de escritores con los que tuvo relación, sea en el extranjero sea en la Argentina.

*

"El pasado argentino" es el título genérico de los tres volúmenes, esmeradamente impresos que tenemos a la vista, en tanto nos damos a perjeñar esta reseña que, forzosamente, ha de contener numerosas transcripciones. Ellas tienen tal poder de evocación que, hasta escritores que nunca vimos, se nos aparecen como suponemos que debieron ser. Algunos retratos se escapan de las páginas.

De los 21 años de Gálvez data este recuerdo: "A los pocos meses de la aparición de "Ideas", la revista y el grupo que la redactaba recibimos un refuerzo considerable con la llegada de Manuel Ugarte y José León Pagano. Apenas los conocí, intimé con ellos. Ambos eran muy simpáticos, si bien por diverso modo. Ugarte lo era por los modales afables, el rostro sonriente, la palabra suave y armoniosa. Pagano, por lo profundo de su espíritu, su pasión de cultura, el vigor de su palabra y de su carácter".

Cuenta Gálvez cómo Ugarte les llevaba un poco del alma de París, que había trasladado con talento y gracia a sus libros. Pagano, en cambio, ponía en contacto a la muchachada de "Ideas" con el espíritu grave de Italia y España. Por ese tiempo fue también a colaborar en la revista Rafael Barret. Nótese cómo se le apareció al novelista de "El mal metafísico" y "La maestra normal" el luego gran "croniqueur" uruguayo de "Moralidades actuales" y "Mirando vivir".

"Barret era muy alto y rubio, elegante, distinguido y de bello tipo. Tenía ascendencia inglesa y, si no me equivoco, era gibraltarino. Había tratado a Oscar Wilde y vivido en París, cosas ambas que le dieron prestigio entre nosotros. Un día quiso conocer a mi familia, y fue a la casa de mi padre, donde le presenté a mis hermanas. Barret nos sorprendió con su levita elegantísima y su galera de felpa. Esto no tendría mayor interés si no dijese lo que después hizo este hombre. Quedó en la mayor pobreza y fue a dar al Paraguay. Allá conoció la vida del trabajador en los yerbales, la existencia mísera de la clase proletaria, y escribió varios libros que explotaron en los países del Plata como bombas de dinamita, y uno de los cuales, el más impresionante, titúlase "El dolor paraguayo". Convirtióse en un padre espiritual de los rebeldes, en un líder anarquista y peligroso. Y cuando yo oía hablar de él con fervor a algunos de sus partidarios, me acordaba de aquella levita y aquella su galera de felpa..."

*

Hay otro moralista argentino a quien Gálvez dedica mucha atención, es Almafuerte, el maestro y filósofo de "El Misionero", que tuvo sus años de celebridad. Puede decirse que se pasó media vida obsedido con la corrección de sus "Milongas Clásicas". De toda su obra (se inició con un poema revolucionario: "Jesús") nosotros no hemos podido olvidar estos versos de tan hondo contenido estoico:

Corazón, diste en el modo
De no carecer de nada,
Porque renunciaste a todo.

Vale la pena seguir a Gálvez en sus aproximaciones a Almafuerte:

"Se referían cosas extraordinarias de Almafuerte, a quien considerábamos como un santo laico. Decíase que daba sus sueldos, y hasta su ropa y sus cobijas, a los pobres; y que una noche de invierno, cuando era maestro de una escuelita de la provincia de Buenos Aires, para dormir, había tenido que envolverse en la bandera argentina de la escuela y que así lo encontraron a la mañana siguiente, aterido de frío. Era un rebelde como casi todos nosotros. Le considerábamos anarquista espiritual y, por aquel amor a los pobres, a los caídos y a "la chusma", le encontrábamos un cierto parecido con San Francisco de Asís. Y con Tolstoi, que era uno de los grandes hombres de aquella época a quienes más amábamos".

La primera visita de Gálvez a Almafuerte, con Gerchunoff de introductor, en Buenos Aires, en una sórdida casa de la calle Cuyo, constituye un aguafuerte:



Alfredo A. Bianchi, que mantuvo abierta la revista "Nosotros" a los escritores uruguayos.



Almafuerte, una extraña personalidad que seducía al Manuel Gálvez veinteañero y rebelde.



Julio Herrera y Reissig al que Gálvez consideraba el primer poeta del Río de la Plata en su tiempo.



Leopoldo Lugones, influenciado por Albert Samain, al igual que nuestro Julio Herrera y Reissig.

UN ESCULTOR CIEGO



El monumento a San Martín, en la plaza de Villa Nueva, de Córdoba.

NO hay camino cerrado para la voluntad del hombre. No hay vallas que no puedan voltearse ni cimas que no pueda escalar el empeño, la paciencia, la gloriosa terquedad que supera abismos. Quienquiera desfallezca al primer obstáculo, es un derrotado de antemano. Y cada día aprendemos para estímulo y ejemplo, alguna nueva historia reconfortante que confirma la fe en el ser humano, y nos induce a desoír los reclamos de la comodidad y el ocio que quieren seductoramente apartarnos del camino de la tenacidad y del esfuerzo.

Tal la aventura heroica de Armando H. Fabre, nacido en 1918 en la provincia argentina de Córdoba, que a los veinticinco años quedó ciego. Curiosamente, al quedar privado de la vista golpeó en él, como vocación dormida, su afición de infancia por el dibujo y la pintura, en los que había demostrado condiciones sobresalientes. No se dejó vencer por su desgracia, y en 1943 se trasladó a Buenos Aires para emprender la primera batalla con la oscuridad; aprendió la escritura Braille, y comenzó el proceso de adaptación a su nueva manera de enfrentar la vida. Lo hizo, con valentía, sensibilidad e inteligencia, sin derrotismo ni amargura. Asistió a los cursos de la Escuela Complementaria de Artes y Oficios "General San Martín", que en esa época dependía del Patronato Nacional de Ciegos, y estudió escultura con profesores como Antonio Gargiulo y Elena Guarnaccia Altamira, que estimularon al alumno empeñoso que demostraba tanta capacidad, imaginación y destreza. Su biografía es sencilla. Volvió a Córdoba dueño de un oficio y de una voluntad: la de abrirse camino dignamente. Y en Villa Nueva, al amparo de una antigua casona, abrió un taller de marmolería. Y siempre entre el trabajo y el estudio, porque al fin de cuentas, estudio y trabajo son los únicos instrumentos que ennoblecen al hombre.

Se entregó apasionadamente a la tarea creadora, realizando retratos, maternidades, grupos escultóricos, sin salir de la pobreza. Esta lo ha rondado siempre, y el ideal no bastó para retener junto a él a la esposa y al hijo, que se le fueron. Y aún así, siente que el destino ha sido generoso al quedarle, lazarillo sonriente, la hija, como preciosa recompensa del destino para su carencia de luz y de fortuna.

Y como verdadero logro de su dedicación y su talento, desde no hace mucho en una plaza de Villa Nueva se ha erigido su monumento al General San Martín, que significa un canto a la laboriosidad, a la superación de las propias limitaciones, una derrota a la adversidad.

Es de gran tamaño. Sobre un basamento de planchas de granito blanco pulido, el Capitán de los Andes contempla la lejanía. La estatua de granito gris mate, mide más de tres metros de altura, y la espada famosa que fulgió al sol de tantas batallas, y las espuelas que se hincaron en los ijares del caballo para apresurar la marcha hacia la victoria, contrastan sobre la piedra con el brillo del bronce.

No entramos a analizar el valor artístico del monumento. Sólo queremos subrayar la importancia del mismo como expresión de un esfuerzo humano allí donde parecerían cerrados los caminos de la creación.

El caso de Fabre, tan meritorio, ha llamado la atención en círculos oficiales de la República Argentina, que proyectarían facilitarle todos los medios para que construya una casa y taller propios, solucionándole en forma definitiva un gran problema.

Cuando la existencia ofrece estos ejemplos, es para todos la lección: para los que creen terminadas las posibilidades cuando alguna barrera física traba el sendero, como para aquellos que dilapidamos los dones sin ejercitar, en la hora fugaz, la virtud positiva con que se nos ha colmado.

Sabido es por quienes nos leen, cuánto nos han interesado siempre los problemas de los ciegos, entre los cuales nos enorgullece contar con buenos amigos. En todos ellos hemos aprendido que la vida brinda siempre, a todos, una oportunidad más, y que de cada cual depende no desperdiciarla. Ahora se suma la historia de este escultor argentino, tan digno de admiración y de respeto.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



El escultor cordobés Armando H. Fabre.

"La entrada era un cafetín inmundo. Había que pasar por allí para llegar a un cuarto sin luz, en dos de cuyos rincones tenebrosos se advertían sendas camas. Uno de aquellos lechos pertenecía al poeta. El otro sería de algún inquilino o del dueño. No había en el cuarto otros muebles que un par de sillas. Almafuerte estaba acostado. Nos recibió con la clásica amabilidad del criollo. Almafuerte, cuyo nombre era Pedro Benjamín Palacios, pertenecía a una familia distinguida y en sus modales se advertía su buen origen. Trató a Gerchunoff con cariño. No había en Almafuerte ninguna petulancia".

Describiendo la figura, acusa Gálvez su maestría de novelista:

"Me parece verlo. Tenía la cabeza grande y redonda; la frente muy amplia y despejada; la nariz gruesa y más bien larga; los bigotes de considerable espesor y largura; la boca ancha y de gruesos labios. En los últimos años se dejó una barba corta. Ya andaba por los 50. Era calvo, pero tenía una franja de cabellos crespos a cada lado, los que se revolvían sobre las pequeñas orejas, y un poco de melena hacia la nuca. Era muy moreno, picado de viruelas, y de estatura mediana. Usaba grandes anteojos. Tenía un hablar simpático, entusiasta, y una voz llena y vigorosa. Gesticulaba mucho con el brazo derecho. Cuando se exaltaba, cosa muy frecuente en él, hablaba torrencialmente y como si se hallara en pleno furor".

De José Ingenieros, el autor de "El hombre mediocre", dice cosas que a nosotros, no obstante haberle seguido durante muchos años, nos resultan revelaciones:

"Vivía en la ahora llamada calle Sarmiento, en una modesta casa de altos. Allí su padre, italiano, tragafrailes, dirigía una revista masónica. Ignoro si este pormenor ha sido hecho público alguna vez. Vale la pena conocerlo, porque acaso explique la actitud de Ingenieros hacia la religión. Contábase que había dedicado su tesis doctoral al portero de la Facultad de Medicina, y que en cierta ocasión, subióse al púlpito de una iglesia y echó un discurso anticlerical, siendo luego necesario clausurar el templo y bendecirlo de nuevo; y otras diabluras análogas que satisfacían el insaciable deseo de popularidad que el hombre padecía".

Dice Gálvez que siendo socialista, para irritar a los compañeros o simplemente en su deseo de llamar la atención, iba de levita y galera a las reuniones políticas. A esta altura de la descripción, Manuel Gálvez se cree en el deber de decir que la galera y la levita de Ingenieros no eran las corrientes en la época: "Ingenieros —dice el biógrafo ocasional— iba embolsado en una espantable y descomunal levita gris, y del mismo color era el sombrero de copa alta y los pantalones, tan anchos que parecían abombachados. A veces lucía un chaleco blanco y la corbata, generalmente, era blanca también. El portador de semejantes horrores, se creía elegantísimo, y los ostentaba por todas partes con desparpajo sonriente. Además de elegante, Ingenieros pretendía ser Don Juan redivivo. En Roma, en donde lo encontré, a principios de 1906, había conquistado, según su afirmación, en cuya veracidad nadie creyó jamás a varias damas de la aristocracia, inclusive a una princesa". Gálvez, por esta parte de la pintura, arriesga su juicio: "Había en todo esto un ingenuo y provinciano esnobismo. En la Buenos Aires de entonces, semialdeana todavía, esas actitudes eran posibles".

No todo ha de ser negativo en el cuadro de Gálvez, pues agrega: "Ingenieros era excepcionalmente simpático, lleno de gestos amistosos. Bastaban unos minutos para trabar amistad con él. Admirable camarada, tenía un mundo de amigos. Sin contar conque era muy divertido y gracioso".

Nuestro Rodó no le había caído en gracia a Gálvez. Decía que tenía un aire aburrido, lo que era cierto. Pudo afirmar también que resultaba muy desabrido de palabra. Ante Zorrilla de San Martín se anima la prosa: "Al revés de Rodó —escribe Gálvez— Zorrilla de San Martín era todo agilidad y cordialidad. Hablaba abundantemente y muy bien, como que era un estupendo orador. Le recuerdo con su poca estatura, su pelo duro y cortado como el de un cepillo y su barbita ya canosa. Era hombre de un poderoso dinamismo físico y mental".

A Alfredo Bianchi, el fundador y director de "Nosotros" con Roberto F. Giusti, lo cala bien: "Tenía cierto aire de bobo, pero no lo era. Puedo afirmar que poseía clara inteligencia y afinada sensibilidad para las cosas de arte, especialmente para la música. Eso sí, ante las opiniones literarias de Giusti él eliminaba las suyas. Alguna vez le oí alabar un libro y días después, conocido por él, un juicio adverso de Giusti, reprobarlo. Más que por falta de personalidad, cambiaba por admiración a Giusti, a quien quería como a un hijo. Lo que Giusti dijese era la Biblia para él".

Bianchi tenía grandes amigos en el Uruguay, en donde aparecía todos los veranos.

Ya se vio, en nuestra nota anterior, cómo ensalza la presencia de Julio Herrera y Reissig, alto, rubio, de ojos celestes de cabello ensortijado, con amplias espaldas y pecho saliente, abundante galana palabra y ademán cordial y afectuoso. Pero son dignos de reproducción estos otros conceptos: "Tenía una pasión enorme por las cosas de arte y de la poesía un fervor exuberante, sincerísimo, desbordante, como pocas veces he visto. Todo el que hablaba un rato con Herrera Reissig comprendía que para él la literatura no era un entretenimiento, sino una pasión, acaso un destino. Su generosidad literaria llegaba a lo excesivo".

Saltamos detalles, para venir a ésto que nos parece digno de anotarse: "No obstante su talento de excepción —a mi juicio ha sido, en su tiempo, el mayor poeta del Río de la Plata— era modesto. Sus poses no tenían otro objeto que asustar a los burgueses. Recuerdo que hablando de ciertos sonetos de Lugones, muy parecidos a los suyos, me dijo: El y yo imitamos a Samain, pero con la diferencia de que yo lo conozco y él no". Y para demostrármelo, me hizo examinar unos cuadernos en donde comentaba el vocabulario, los giros y las imágenes de Albert Samain".

Terminamos las alusiones a nuestro gran lírico con estas pocas líneas referentes a una de las antiguas estadas de Gálvez en Montevideo: "En aquellos días anduvimos juntos muchas horas. En cierto momento —creo que fue en una plaza— me pidió disculpas, se apartó un poco de mí, y se dio una inyección en la pantorrilla. ¿Era una pose? ¿O como se decía, envenenábase con los paraísos artificiales?...

Llegado este punto, han de ser muchos los lectores de nuestra época que recuerden el alboroto que causó aquí la nota de Juan José de Soiza Reilly en "Caras y Caretas", donde decía (y presentaba el documento, la fotografía), que nuestro lírico, a ese respecto, más que a ningún otro bardo, imitaba a Baudelaire.

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



"Retrato de Sergio (de Sergio Gutiérrez). Primer premio.



"Mariana" (de Juan Viera). 2º premio.



"Retrato de Valverde" (de Elsa Dovitis de Stefanis).

SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES: ESCULTURA

AL restar los Grandes Premios su número así como los artistas escultores de más prestigio dejan de exhibir en los Salones estos certámenes se ven cada día menos concurridos y lo que es más deprimente, con la calidad en baja absoluta.

Al revés que la pintura, en la cual se advierte, sino una reacción positiva total, (no existe en los movimientos modernos una básica formación, sino que éstos se desplazan por muchos aspectos instintivos), la escultura, arte caro, condicionado a una serie de factores que promueven una dura disciplina, es menos afecto a ser fácilmente evolucionado, sin el rigor de una personalidad de valores innegables. Por lo tanto, no es de extrañar que en el actual movimiento de cambiante sentido de las artes en sus más rígidos cimientos la escultura haya sufrido una difícil declinación.

Se agrega a ello la certidumbre que nos da el observar las obras de algunos artistas jóvenes que se sostenían en progreso, decaer en este evento, lo que facilita aún más la impresión del presente salón.

Hace años que venimos señalando ésto, y que el mal se agudiza a medida que los escultores jóvenes no sólo luchan con el material, sino también con una inquietud que posee sus puntos de apoyo en variadas sensaciones modernas, que anulan una segura meta de estudio, en la cual se fusionan la improvisación y el deseo de llegar sin lucha.

El primer premio lo ganó la escultura "Retrato de Sergio", de Sergio Gutiérrez, busto de niño en el cual campea una ligera expresión de serenidad e inocencia, pero que en el modelado, no acusa los rasgos con la factura rica de una obra de calidad. Sin embargo, es un esfuerzo en el cual las dotes han sido garantizadas por un respeto a un figurativismo de elocuentes líneas, si bien de limitados valores plásticos.

Juan Viera, el segundo premio, con su obra "Mariana", una cabeza con facetas de estilizado, que se alarga en el cuello, y acusa con más sabor la inquietud del modelado, así como intenta sugerir el carácter.

Más movido aún, el "Retrato de Valverde", tal vez con un sentido de las superficies, halladas si no por planos, por intuiciones de la herramienta o dedos, logrando así el nervio expresivo. El premio al retrato fue otorgado a Angel Panossetti. Esta obra no supera la anterior del pasado año, en que el artista logró una bella fuerza contenida. Por el contrario, la presente, se halla achicada en expresión intrascendente, quitándole además la absorción del modelado, la franca libertad del hacer. Le sigue el "Retrato de carretero", de Rómulo Chiessa, pieza en la cual el escultor, más experimentado, anota un buen trabajo de vida interior que trasciende a través de una modalidad naturalista, tesitura en la que siempre se ha ubicado el artista. Finalmente, la obra "Autorretrato" de Dolores F. de Lettieri, configura uno de los brotes de intención en cuanto a madurar una concepción se refiere. Si no está totalmente logrado en su más alta sugerencia, sí en cambio lleva una máscara de intensa búsqueda de sí misma, lo que resuelto con sentido de grandes planos, nos ofrece una de las formas más inquietas de la escultura del Salón, dentro de un equilibrio que forja la sintetización de lo natural, y la captación por la resolución plástica.

La talla en madera dejada desde tiempo por nuestros artistas; únicamente algunos se dieron a la tarea de modelar este noble material, tuvo con la aplicación de Serrano, el español que luego se radicara en España, la virtud de despertar cierto interés, que luego vimos en Mario Lazo y otros jóvenes. El caso más constante en el ambiente nacional, lo constituyó Bauzá, con su serie de estilizados animales, y después con algunas figuras modernas, tanto que este género, tan abandonado, vuelve a reaparecer en el presente Salón en manos de Felipe Esmoris, con su talla directa en madera "Buitre", certero trabajo en el cual el volumen es la principal cualidad, y el desarrollo de la idea del total, con pequeñas anotaciones de identificación. "Juventud" de Pérez de León, entra ya en una sensación algo romántica e idealista del motivo, pero lleva una línea ágil y desenvuelta en el movimiento del ropaje. Las formas se adhieren bien al modelado, y van buscando los pasajes con una buena idea del volumen, sin llegar, empero, a realización de fuerza.

En realidad una serie de trabajos dentro de maneras modernas, se agrupan en la muestra, sin mostrar ninguna sensación personal, y ello contribuye a dejar al certamen en un mínimo de valores que esperemos se superen en adelante.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



"Retrato de Carretero" (de Rómulo Chiessa).



"Autorretrato" (cemento de Dolores F. de Lettieri).



"Juventud" (de S. Pérez de León).



EDGAR RICE BURROUGHS'
Tarzan
LA EXTERMINACIÓN DE ANIMALES POR MOTIVOS DE LUCRO, COMIENZA EN UN RINCÓN DE LA JUNGLA AFRICANA.



AUNQUE HAYA ALGUIEN QUE NO ESTÉ DE ACUERDO....



EL TNT TRABAJA BIEN, JAKE!
VAMOS, RÁPIDO, MUCHACHOS, HAGAN SU TRABAJO MIENTRAS LOS COCODRILOS ESTÁN ATONTADOS!
Y NO ARRUINEN LOS CUEROS! USEN LOS CUCHILLOS SOLAMENTE EN EL AREA DE LA CABEZA!



SIGILOSAMENTE TARZÁN SE DESLIZA EN EL AGUA, MIENTRAS IDEA UN PLAN.



MIENTRAS DE LA ORILLA OPUESTA, LOS NATIVOS SE APROXIMAN A LOS REPTILES QUE FLOTAN.



ENTONCES...
JOHN CELARDO
SUELTEN LOS CUCHILLOS!
QUIÉN ES?
ES GIMLA QUE HABLA!



NO! ES TARZÁN, QUE VIENE A DETENER LO QUE ESOS HOMBRES ESTÁN HACIENDO!
NOSOTROS SABEMOS DE TÍ, TARZÁN. ERES UN HOMBRE BUENO!



PERO NO PODEMOS HACER NADA. NOS BALEAN COMO A PERROS!
YO PERMANECERÉ OCULTO MIENTRAS HABLO. ESCUCHEN MI PLAN!